

## PREGÓN DE LAS FIESTAS DEL CORPUS DE TOLEDO. AÑO 2013

Hilario Barrero

Buenas tardes amigos. Si ustedes pudieran escuchar los latidos de mi corazón y el tono festivo y gozoso de mi voz comprenderían lo orgulloso y lo emocionado que estoy al haber sido invitado a ser el pregonero de la fiesta mayor de Toledo. Yo vengo de muy lejos, en muchos sentidos y traigo afinado el corazón y afilada la palabra para anunciar al mundo entero, con el más claro clarín, la fiesta del Corpus. Vengo desde el olvido, de una lejanía física y a veces hiriente, al reencuentro emocionado. El reencuentro con un mundo que parecía haberse olvidado en la niebla del tiempo, pero que latía en lo más hondo de mi ser. Y este reencuentro con mi familia, con mis amigos y con todos ustedes ocurre precisamente en este teatro de Rojas que tanta historia guarda entre sus paredes y en el que estuve, hace ya más de cuarenta años, participando en una de aquellas inolvidables *Alforjas para la poesía* que patrocinaba Conrado Blanco, junto a Federico Muelas, Carlos Murciano, Manuel Alcántara, José García Nieto, Clemente Palencia y nuestro Juan Antonio Villacañas. En aquella ocasión, este pregonero comenzaba tímidamente su andadura literaria y agradecía, un poco aturdido, los aplausos de amigos que de nuevo han vuelto a acompañarme. Y aunque todos hemos cambiado seguimos siendo, sin serlo, los mismos.

## **CAPITULO DE GRACIAS**

Comenzaremos con el capítulo de gracias de la mano de Cervantes con una cita de una carta que le envía don Quijote a Sancho cuando éste era gobernador de la ínsula Barataria:

Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome a lo que suele decirse: que de los desagradecidos está lleno el infierno.

Y como yo no quiero ir al infierno doy gracias, en primer lugar, al Sr. Alcalde, al Concejal de Cultura y a la Junta Pro-Corpus. Un recuerdo para todos los pregoneros del pasado que ya no están con nosotros, pero que evocamos con afecto y gratitud. Quiero, especialmente, saludar y agradecer su ayuda a mi antecesor, Juan Ignacio de Mesa, que aparte de ponerme el listón muy alto, hizo hablar a la Custodia con voz de amor hacia Toledo, en un pregón modélico. Y a María José Muñoz García por echarme una mano sujetando las sogas del toldo de la amistad y por publicar en el ABC un recuadro firmado por un poeta que vive en Nueva York. Y, por supuesto, gracias a todos ustedes. El pregón, que será breve, intentará presentar la intrahistoria del pregonero cuando era niño, la mirada del pregonero cuando era joven y un final "erudito" ahora que el pregonero ya es un viejo.

## **SONETO**

Como muchos de ustedes no me conocen, bueno será comenzar con un soneto autobiográfico a manera de introducción. Que las penas con poesía son menos penas y las alegrías son más gozosas.

Nací en Santo Tomé, soy toledano,  
una espada de cal y otra de arena,  
el Greco y Garcilaso, la condena  
de una sombra dormida en otra mano.

Barcelona era un gesto cotidiano,  
una noche de sal, una cadena  
que sentenció mi vida en luz ajena.  
Ramblas de libertad, tiempo lejano.

Y ahora en Nueva York, filo y corriente,  
espero al Tajo con su voz de acero  
que me ahogue la vida lentamente.

Y, cuando me creía un extranjero  
de mi Zocodover y de mi gente,  
en Toledo me nombran pregonero.

## **FUE AQUEL DIA**

Un niño suele seguir la religión de sus padres. Un niño recuerda para siempre momentos familiares, viajes, fiestas, los niños toledanos recordamos, también, la procesión del Corpus. Sobre todo la primera.

José García Nieto, al que luego volveremos, lo dice en un poema memorable y antológico:

Fue aquel día. Y yo, niño, conocía  
por vez primera a Dios. Y comenzaba  
el misterio, el encuentro; oh sí, esperado  
con la indecisa claridad del alba;...

Y recordar ese día es como bañarse en el río de la memoria, sentir la música y los cohetes de madrugada entrando en la alcoba llenándonos de sobresalto y alegría, es sentir la rugosa caricia de los toldos, recordar a los gigantes y cabezudos y los que fuimos vestidos de primera comunión volver a casa con un cansancio en los pies que habían sido mordidos por unos zapatos rabiosos sin domar. Sobre todo traer en la mirada, grabada para siempre, la presencia de la custodia. Uno es toledano-toledano cuando ve venir la custodia, y queda deslumbrado por la torre de luz y de oro. Desde ese momento recibe el carnet de *toledanía* en el que va impresa la huella dactilar de Dios.

Mi infancia son recuerdos de una parroquia, crecí junto a mis siete hermanos dentro de una férrea educación religiosa, a la sombra de una torre, al eco de unas campanas que repicaban a gloria o doblaban a muerto. Hicimos los primeros viernes de mes al Corazón de Jesús en los Jesuitas, y los primeros sábados a la virgen, participamos en procesiones, rosarios de la aurora, fuimos monaguillos de Santo Tome y del convento de San Antonio. No es de extrañar que yo recuerde la primera vez que me invitaron a un banquete especial:

“Renuncio a Satanás, / a sus pompas y a sus obras / y me consagro de nuevo / al servicio de Jesucristo”. Lo estuvimos ensayando en el colegio durante una semana y la hermana Aurora

nos decía que teníamos que decirlo más claro y más fuerte y con más convicción; algunos nos confundíamos y a otros se nos olvidaba el texto a la mitad. “No se os olvide poner la mano sobre los evangelios – nos decía la monja –. Andad con paso firme, la cabeza alta, solemnes, recordad que acabáis de recibir el cuerpo de Jesús por primera vez, que sois sagrarios vivientes”. Yo lo ensayé en mi casa y me lo repetía cada cinco minutos. Pregunté a mi madre qué significaba eso de “pompas y obras” (que todavía no sé muy bien lo que es) y me dijo que tenía “que ser bueno, querer al niño Jesús, no pecar para no ir al infierno”. Llegó el día señalado, una vez terminada la misa nos pusimos en fila y fuimos consagrándonos de nuevo al servicio de Jesús; a unos se les olvidó por completo, otros lo dijeron alto y claro, solemnes y emocionados. De ese día me quedan un cansancio y un dolor de pies, un sentimiento de inocencia, un olor a incienso, un chocolate espeso y festivo, mi hermano mayor con un traje nuevo con una chaqueta sin solapas y un recordatorio que decía: “El niño Hilario Barrero Díaz hizo su primera comunión el día tantos de tantos de mil novecientos tantos en la iglesia de San Marcos”. Había una imagen del Buen Pastor con una oveja blanda y algodonosa entre sus brazos y la siguiente frase: “El que come mi carne y bebe mi sangre vivirá en mí eternamente”. Me queda también una fotografía que me hicieron a la salida del templo. Llevo un traje, que ya había llevado mi hermano el mayor, de chaqueta corta, corbata blanca, guantes, devocionario, rosario y unas gafas redondas.

## **MI MADRE Y SANTO TOME**

Cuando a finales de noviembre del año pasado el concejal de cultura se puso en contacto conmigo para invitarme a ser el pregonero del Corpus, yo que soy toledano y de Santo Tomé y sé de la enorme responsabilidad que esto conlleva, le dije a Jesús Nicolás, que me diera tiempo para pensarlo. Y enseguida, sin saber por qué, se me echó encima la presencia de mi madre, y sentí el peso del barrio donde nací. Y el recuerdo de ella me trajo el de tantos otros padres y madres que ya no están con nosotros. Gente de las Covachuelas o del casco antiguo, de Santa Bárbara, del Polígono, de San Justo o de Santa Leocadia, obreros o profesionales que, durante toda su vida, a excepción de los años en que no salió la custodia, asistieron a la procesión del Corpus y se arrodillaron delante de ella. Su fe era de oro. Pasarán los años, habrá himno nacional o no lo habrá, bandera o no, presencia militar o no, pero la custodia volverá a salir por la Puerta Llana como lo lleva haciendo durante siglos y volverá a pasar, pero ellos, los que ya no están, y nosotros que estamos pero que algún día nos iremos, ya no nos podremos arrodillar, ni estrenar un vestido o un traje, ni hablar de "las prisas del Corpus", ni sentir en lo más hondo de nuestro corazón un cosquilleo que solo los toledanos sentimos cuando sabemos que la custodia se acerca. Ellas con esas prisas en ponerse guapas y en prepararse, en cuerpo y alma, para ver pasar el Señor. Su fe no tenía prisa. La tenían sus manos. Manos que acariciaron un cuerpo que ya es polvo, cambiaron los pañales de cuerpos que son vida, cubrieron los ojos de la muerte, alimentaron al amor, escribieron cartas al hijo lejano, rezaron a un Dios que ahora no ayuda, rozaron a la noche,

peinaron el temblor de una mirada, inventaron sombras en la sábana luminosa, araron los recuerdos, ayudaron a pasar el río revuelto, a salir del pozo oscuro, a partir el pan, echar el vino, repartir la fruta. Conocieron una guerra, ofrecieron cobijo, pasaron escasez, fueron almohada, colcha, cuna y caracola. Contaron días, semanas, meses, años, sumaron rosas, restaron ortigas, trazaron caminos, indicaron a la luz donde evitar a la sombra y dividieron las semillas. Ahora son pirámides que duermen, jaulas para el estremecimiento, trampas del movimiento, garfios para la seda, relicarios de venas dormidas, ataúdes que esperan a la muerte, diez dedos para anillos de escarcha, dos paréntesis para acotar la nada. Contuvieron arroyos, pastorearon el dolor, secaron el llanto, limitaron unos labios, dibujaron el mapa del verano. Ramas en primavera llenas de pájaros. Raíces escarbando la tierra enamorada. Zarzas donde la soledad se enreda. Remos de mármol para llegar a la laguna. Dos trozos de pan resecos para el hambre de la muerte. Las manos de mi madre y las de las toledanas.

Y la presencia de Toledo y de mi Santo Tome se me puso de pie y desde Nueva York pensé y volví a Toledo como si volviera a un laberinto con salida, a la casa donde nací, aun sabiendo que ya no existe. El Toledo que vive dentro de mi historia es un Toledo provinciano, abarcable, con un cuartel de la policía armada y otro de la guardia civil en el casco urbano, un alcalde con camisa azul, una modesta banda de música que tocaba algunos domingos en la plaza de Zocodover y en las procesiones de semana santa. Un Toledo de barrios territoriales, de clases sociales marcadas, de palacios vacíos y

falsas posadas cervantinas, de conventos, iglesias, parroquias y catedral de lujo con cardenal primado y sus famosas cartas pastorales, obispo auxiliar, canónigos, párrocos y coadjutores. Un Toledo con sonido de campanas tocando a misa de ocho, de nueve, de diez y de doce los domingos, doblando a muerto o repicando a gloria en una mañana luminosa de sábado santo. Un Toledo de cuarteles, con un Alcázar y con un gobierno civil y otro militar, de corona de laurel en un monumento a José Antonio, a finales de noviembre, con gente de brazo en alto y gritos de "España, una, España, grande y España, libre..." Un Toledo de barrio, de procesiones con vírgenes vacías por dentro y llenas de medallas, oros y platas por fuera: muñecas místicas para el pueblo piadoso. Un Toledo que estaba tan cerca de Madrid que solo tenía una emisora local de radio, que pertenecía a la familia Rato, con largos e interminables programas de discos dedicados, retransmisión desde la catedral del santo rosario y el diario hablado de Radio Nacional de España. Un Toledo tan lejos de la capital de España que solamente existía un tren que salía por la mañana y regresaba por la tarde y un autobús, el Galiano, que hacía el recorrido dos veces al día y había que reservar los billetes con antelación. Un Toledo con un Instituto de Enseñanza Media que había sido el palacio del cardenal Lorenzana y ahora era un viejo palacio destartalado e inhóspito al que los chicos íbamos por la mañana y las chicas por las tardes y algunos estudiantes dejaban notas escondidas en los pupitres para que las chicas las leyeran. Un Toledo donde la máxima diversión los domingos era subir y bajar durante tres horas por la calle Ancha,

desde la calle Hombre de palo a Zocodover, allí dar la vuelta a la plaza y bajar de nuevo, tomarse un cuba libre o un chato de vino y volver el lunes al trabajo o al colegio, a la monotonía provinciana. Un Toledo con la presencia del doctor Gregorio Marañón, enfundado en su capa española, un monárquico, republicano, franquista, católico comulgando en misa de doce en la iglesia de Santo Tome y comprando a la salida mazapán en la confitería de Rodrigo Martínez. Un Toledo con la impronta de Garcilaso, Lázaro de Tormes, Cervantes, El Greco, Juanelo Turriano, Pérez Galdós, Urabayen... Un Toledo sin sirenas de policías, sin huelgas, sin manifestaciones, sin bombas, una ciudad azoriniana, un poco viviendo de las rentas, empezando a despertarse con el turismo, la libertad de las turistas de minifalda y pechos sin sostenes... de la marihuana, las pintadas en algunas fachadas, la música de los Beatles, la creación de un polígono industrial, la llegada de gente de fuera y la pérdida de su aire provinciano, votaciones, libertad. Un Toledo que fue mi primer amor y del que me enamoré como más tarde me enamoraría de ti, siendo tú mi ciudad para siempre. *¡Oh pasión de mi vida, poesía desnuda, mía para siempre!* Sobre todo un Toledo con un jueves luminoso en donde se celebraba el Cuerpo de Cristo.

#### **PREGONEROS DE CARNE Y HUESO**

En realidad yo solo lo que hago, haciéndolo lo mejor posible, es representar a otros muchos pregoneros anónimos, sin escenario y que son los verdaderos artífices de esta fiesta. Toledanos y toledanas que se entregan con entusiasmo para que la tradición siga enriqueciéndose y ese jueves brille el sol como ningún otro jueves.

Pasan miradas que eran de fuego, dejan de latir corazones que dieron vida a otros corazones, algunos balcones, en otro tiempo abarrotados de familiares llenos de vida, no se abren más al paso de la procesión, se marchita el olor del tomillo, se oxidan los tornillos de la custodia de la vida, la piel de los toldos se reseca, las mitras y los báculos pierden su brillo, el cetro municipal cambia de hombro, pero el Corpus, el misterio del Corpus, la esencia del Corpus, la magia del Corpus, sigue a través de los siglos poniendo de rojo el corazón de todos los toledanos, dándoles una identidad que los marca para siempre.

¿Por qué no es acaso más pregonera que este pregonero ocasional, la toledana con solera, la que lleva en su pecho las sombras y las luces de la ciudad, la que se conoce de memoria el camino a la iglesia y al cementerio, y cada año saca, del baúl con olor a tiempo cerrado, como quien saca un chorro de color, el mantón de Manila de la bisabuela y lo pone en el balcón con orgullo? Al hacerlo está sacando una historia y la está pregonando en voz alta. Flores de seda que florecen cuando pasa la custodia.

O el niño al que despiertan temprano para vestirle con el traje de la Primera Comunión porque va a ir a la procesión, procesión que nunca olvidará.

O los obreros que traen el tomillo (me dicen que de la finca Cervatos, no de Mazarracín) que al alfombrar las calles del recorrido las convierten en una finca de perfume para que pase el Señor. El tomillo, como los toledanos sabemos, es sombra perfumada, bálsamo terroso, una alfombra de olores.

Y qué decir de la junta Pro Corpus que mantiene encendida la llama de la tradición cuidando de detalles como colgar complicados faroles o ramos de flores que en milagroso equilibrio embellecen las arrugas de la vieja ciudad y convierten las fachadas en retablos.

O acaso no pregonan con su orgullo todos los toledanos que ya, desde temprano, "subimos" a Toledo a coger sitio para ver la procesión. Ateos o católicos, de un bando o de otro, el Corpus borra por unos días colores e ideologías.

Cómo no quedarse con la boca abierta y el corazón en vilo al ver llegar al Pertiguero. Sale a las once de la noche, va de negro, y prepara, como un *juanbautista* de la vara y de la oscuridad, el camino para que al día siguiente, a las doce de la mañana, luminosa y resplandeciente, salga la custodia y no se enrede Dios entre cables y pájaros de carbón.

Los toledanos de la diáspora, este día, sienten a Toledo más cerca y están aquí algunos físicamente y otros en espíritu. Todos ellos pueden estar representados por la poeta Beatriz Villacañas, que vive fuera de Toledo y ha escrito lo siguiente: "Se acerca el Corpus, ya llega hacia nosotros, y un año más Toledo se viste de Custodia, se transfigura en corazón de siglos que late acompasando las nostalgias del tiempo y las alegrías de los encuentros festivos. Toledo se perfuma de tomillo y romero y cada toledano sabe que es Dios quien sale a verle sea cual sea la calle por la que vaya a ver la Procesión."

¿Y qué decir de La Tarasca? Ha llenado de temor y sigue llenando el corazón de todos los niños de Toledo. Muchas de las personas que están aquí recuerdan el terror que les producía verla

pasar cuando abría su enormes fauces como si fuera a tragarnos y Ana Bolena, la hereje, (según me decían mis padres) bailaba en lo alto del lomo de la fiera una danza en la que parecía que fuera a descoyuntarse. La inocencia veía el mal en un artilugio de cartón.

Pero unos de los mejores pregoneros, únicos e imprescindibles, son los toldos que proceden de los gremios de tejedores y sederos. Sin toldos a la procesión le faltaría el techo. Techo con tejas de sombra y luz. El toldo es la cinta que se pone Toledo a la cabeza para hacerle sombra a la luz que acaba de lavarse el pelo. Es un afluente de agua marrón remendada para filtrar la lluvia del sol. Un palio gremial de seda de gusanos ya ceniza. Un cilicio de luz roñosa castigando al asfalto. Los toldos se hacen cuna curvándose para que la lluvia adormezca su sueño y cumpla el ritual de bendecirlos con el agua atea de mayo. Los toldos no hablan, los toldos respiran, fluyen, se comban y ponen paréntesis a la prosa de las viejas fachadas. Los toldos son la vía láctea que los toledanos seguimos para no perdernos. Los toldos no tienen ni principio ni fin, no se sabe dónde nacen o donde mueren, son como una larga serpiente mansa y dócil que al ser empujada por el viento da un silbido como un trueno de sombras. Los toldos son como un reptil inofensivo que cada año al mirar su piel nos hace ser un poco niños. Los remiendos de los toldos son retales de un martes celestial. Toledo, barco varado, siente en sus entrañas un deseo de zarpar. No sabe que es engañado por las velas izadas de los toldos que chorreando plata le despierta de su sueño de siete colinas.

### **1969. INTRAHISTORIA**

Si volvemos la vista atrás, veremos que en 1969, cuando el pregonero empezaba a vivir, escribía su intrahistoria y la nuestra, quizás sin saberlo. Y así veía la procesión y lo escribía en la prensa:

Huele el aire a romero y a tomillo. Enronquece el turbio cristal de la campana gorda y las 750 ventanas que abrazan a la catedral no pueden con tanta luz. Enrique de Arfe ya ha hecho la custodia para la catedral de León y la que va a la catedral de Córdoba. Falta la de Toledo. Arfe, recuerda la ciudad, su catedral, la preponderancia política y religiosa que tiene en ese tiempo. Han comenzado a trazar líneas, esquemas, proyectos, planos... Han volado los números de gloria, las rectas de alegría. El gótico de plata y oro con piedras preciosas va a tener forma de custodia. Pronto el incienso pondrá olor a Dios. Toledo se prepara, se aprieta, para ver pasar al Señor. Y arropada por ellos la custodia. 15 millones de maravedíes, siete años en hacerla, 5, 800 piezas, 266 figuritas, 183 kilos de plata y 18 de oro. Y en un viril el misterio de la eucaristía. Están apretando la ternura de Dios hecho pan los 18.000 tornillos. Más alta es una palmera y, sin embargo, la custodia, con sus dos metros y ochenta centímetros, tiene una sombra eterna, unos frutos perennes. Es una palmera, un árbol bajo el cual se puede esperar la primavera o el verano. La sombra de la palmera-custodia es una sombra que da vida. Huele a incienso. Azulea el aire. Pesa el sol sobre el hombro de la capa pluvial del celebrante. Las campanas no pueden más y están enronquecidas. Huele a Dios por las calles de Toledo. Llueven pétalos

de flores o pétalos de alegría. Zocodover es un murmullo de esperanza. Por Jesús y María el largo río de la comitiva se hace afluyente, se adelgaza y Dios toca con sus hombros los muros del callejón. Arfe pone la pedrería, los esmaltes, las estatuillas. Los pequeños pináculos se alzan como lenguas fogosas de plata y oro. Queda el viril. Allí irá el Señor. El viril va a ser como si el sol se pudiera hacer pequeño y albergara al Señor. Un viril que pesa 18 kilos, para acunar o proteger a Dios, que no pesa nada. Los Arfe han terminado su obra. Regresa Dios a su casa. En la catedral, el órgano del emperador ha vuelto a gritar sus voces. El Señor trae entre sus ríos azules el olor a romero y a cantueso, a trigo y a verano, a viento y esperanza, a toldo enamorado de la luz del Señor y a río, que se ha puesto de puntillas en las piernas de los puentes, para ver pasar al Señor, y trae olor a hombre y a niño, a humanidad y a nostalgia. A un niño se le ha dormido el cirio de su infancia.

Han pasado cuarenta y tantos años y casi nada ha cambiado. Lo esencial perdura.

#### **LO ESENCIAL PERDURA**

Sigue el orden instituido: en el primer tramo, de este río de corazones, aparece el piquete de la Guardia Civil a caballo. Cuando el pregonero era un niño y veía la procesión en una calle estrecha y sentía la proximidad de los caballos y su relincho sonoro, el corazón se le encogía temeroso de que se desbocaran. Seguía sobresaltado cuando los timbaleros del Ayuntamiento hacían tronar los tambores y los caballos se encabritaban. Respiraba aliviado al paso de la banda de gala de la Guardia Civil y miraba con curiosidad al enigmático y

misterioso personaje del pertiguero que le fascinaba. La presencia de la preciosa Cruz Procesional de la Catedral le hacía santiguarse. Era el guion del Gremio de Hortelanos, acompañado de los cofrades arropados en sobrias capas marrones, uno de los momentos destacados de la procesión que el niño esperaba con más interés y curiosidad. Seguía el desorden ordenado de los niños y niñas de Primera Comunión, las numerosas cofradías y hermandades, las cruces y estandartes parroquiales con imágenes de cristos, vírgenes y santos que él intentaba adivinar. Venían después las órdenes terceras y las religiosas de vida apostólica. Le iluminaban la mirada el despliegue de colores de las vestimentas de los miembros de la Real Cofradía de Caballeros Cubicularios de San Ildefonso y San Atilano, de la Cofradía Internacional de Investigadores del Cristo de la Oliva, de la Soberana Orden Militar de Malta y los cuatro capítulos de Caballeros mozárabes, del santo sepulcro, de los infanzones de Illescas y los del Corpus Christi. El colegio de Infantes era el nexo entre lo humano y lo divino tras el cual aparecían el Seminario Diocesano, el clero regular y secular revestido de solemnes capas pluviales. La llegada de la fúlgida y esplendorosa Cruz de Mendoza y las mazas del cabildo portadas por maceros de rizada gorguera le ponía en guardia con el corazón en vilo porque sabía que detrás del solemne Cabildo Primado, los diáconos de honor, el ministro del báculo, los acólitos con incensarios llegaría lo que todos esperaban. A su paso el niño que ahora es el pregonero se arrodillaría, sentiría como una puñalada dentro de su corazón y miraría al viril sin comprender del todo el significado de ese trozo de blanco que daba

vida. Pasaba la custodia, el cuerpo de Cristo, nieve sobre fuego, plata sobre oro, torre de fe, sacramento comunal, misterio de fe que mueve montañas escoltada por una escuadra de gastadores de alféreces cadetes de la Academia de Infantería. Seguía el cardenal primado ya anciano, el Obispo Auxiliar, los ministros de la mitra, del libro, del cojín y del sagrario portátil. Detrás del elemento eclesiástico el político y el militar con los gobernadores civiles y militares, el Ayuntamiento y la Diputación. Años más tarde la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha y Universidad de Castilla-La Mancha bajo mazas. Cerraba el cortejo lo que todos esperábamos, la Compañía de Honores de la Academia de Infantería, con escuadra, banda y música que siempre arrancaba aplausos del público.

#### **OTRO PREGONERO Y EL "DIOS CHICO"**

Es de justicia recordar, brevemente, a otro pregonero. No sabemos si este toledano de adopción, llamado Lázaro de Tormes, fuera en la procesión ayudando al Arcipreste, pero sabemos que estuvo trabajando en la Iglesia de San Salvador en el barrio de Santo Tomé y que fue pregonero. Pregonero de vinos. El vino que será la sangre de Cristo. Habría que recordar que su padre era molinero. Pan y vino.

Pero es que además de hacer un homenaje a Lázaro por ser pregonero y de que el señor arcipreste lo fuera de la Iglesia de San Salvador, filial de San Martín, nos da pie para hablar, también brevemente, del "Dios chico" y de Don Ángel García de Blas.

Diez días después del Corpus, en domingo, cuando todavía estaban los toldos desplegados, se celebraba en la parroquia de Santo Tome "El Corpus chico". La custodia se conservaba en la iglesia de San Salvador. Y la procesión era fiesta mayor en el barrio y nos llenaba de orgullo tener nuestro propio corpus en miniatura. Yo no entendía por qué el párroco de Santo Tomé, don Ángel, se enfadaba tanto cuando oía lo del Dios chico. Don Ángel, que era un párroco bonachón y de la vieja escuela, que al final de sus días fue premiado con una canonjía, aclaraba que Dios solo había uno, ni grande ni chico, ni alto ni bajo. Solo Dios. Pero el pueblo sabe lo que dice cuando habla de medidas. Hasta Dios es más grande si va en la custodia de Arfe. Con el tiempo aprendí que, a veces, parece que Dios está durmiendo o ha salido de viaje y es un Dios pequeño e invisible.

### **TRES POETAS**

La poesía siempre ha ido asociada al Corpus. Durante muchos años fueron famosos los Juegos Florales que se celebraban en este mismo teatro y en los que muchos de los mejores poetas del momento ganaron la flor natural. En la fotografía que vimos al principio estaban José García Nieto, Juan Antonio Villacañas y don Clemente Palencia, tres poetas que cantaron y fueron premiados por sus poemas al Corpus. Traigámoslos aquí, con nosotros, por un momento, gracias a su poesía.

Del libro *Corpus Christi y seis sonetos*, de José García Nieto, publicado precisamente en la colección Biblioteca Toledo, este

fragmento que casi quema al leerlo. Una oración de fuego y de fe.  
Una lección de ritmo, musicalidad y poderío metafórico.

Allí estaba el Señor. La calle era  
la residencia que Él glorificaba.

...

Dios era Dios; bullía entre los oros,  
nacía entre los oros, derramaba  
sobre los hombres gratitud. Dios era  
Dios. Veía en mi Dios arder la llama.  
Dios era Dios, y dentro de mi pecho  
todo su incendio se justificaba.

De Juan Antonio Villacañas, de su libro *Música en las colinas*,  
1961 otro fragmento del poema "Preludio". Un poema que busca a  
Dios y lo encuentra en cada hombre. Un poema divinamente  
humano.

Cuando la Catedral huele a tu paso,  
cuando llenas de amor todas las calles  
y en mí sólo contengo lo que Tú me has dejado,  
una canción diré para la vida.  
Esa canción que todo el mundo sabe,  
que el mundo está cantando indefinidamente  
de silencio a silencio,  
de sol a sol. Humana sinfonía  
de cruces y de amor.

El de don Clemente, "Corpus Christi en Toledo", es un soneto  
"clásico", imperial, de tiempo exacto que fue premiado con la Flor  
Natural en los Juegos florales de 1955 y apareció en el libro *Diálogo  
junto al camino* que también fue publicado en la Biblioteca Toledo  
que dirigía JAV.

Hora exacta de Dios en la blancura  
del nardo y de la rosa, en la mañana;  
se adelgaza en sonido la campaña;  
es el aire tapiz y colgadura.

El incienso se mece en la espesura  
que perfila la calle toledana,  
con gozo de clavel en la ventana  
y con palios de toldos en la altura.

La custodia se acerca sostenida  
por nostalgias de nube o de palmera;  
oro y luz en sus torres verticales.

Y se postra ante Dios, estremecida,  
la piedad y la fe de España entera,  
bajo el peso de glorias imperiales.

#### **EL CORPUS Y THE NEW YORK TIMES**

Estamos llegando al final del trayecto y vamos a volver la vista atrás. De la poesía a la prosa dura. Y van a ver ustedes que lo que he encontrado remacha la idea de que el Corpus toledano, a pesar de ser una fiesta religiosa eminentemente local, tiene, desde hace mucho tiempo, una proyección internacional. Mi tesis doctoral versó sobre Don Félix Urabayen y una de las novedades que ofrecía fue el haber encontrado una tesis de una estudiante americana sobre la obra de don Félix y tres artículos sobre el autor de "Toledo, piedad" publicados en *The New York Times*. Siguiendo la misma técnica me adentré en los archivos del periódico neoyorquino buscando alguna referencia sobre el Corpus toledano y, de nuevo, me encontré con tres artículos que, creo, están inéditos en la bibliografía sobre el Corpus.

Nada menos que el día 12 de junio de 1899, siglo XIX, el periódico *The New York Times*, publicaba un extenso y revelador artículo, firmado por Katherine Lee Bates titulado "Corpus Cristi (sic) in Toledo. El festival como se celebraba en España y como se celebra hoy. Vistas desde los balcones de Locodover (sic): Toledo y su catedral como son ahora". (La autora, poeta, profesora, amante de España, publicó el artículo corregido y aumentado, tiempo después, en un libro titulado *Spanish Highways and Byways. (Carreteras y senderos españoles)*). Posiblemente a algunos de ustedes les suene el nombre de la señora Lee Bates ya que fue la autora del famoso himno "America, the Beautiful"). El artículo no es una pieza de periodismo al uso, es un ensayo que encaja en la ideología del periódico neoyorquino: un estudio social, religioso, político y económico de Toledo. El ensayo, que es muy extenso, comienza hablando del Corpus que se celebraba en Madrid bajo el reinado de Felipe IV y el que se celebra en Granada. Pero la mayor parte de la crónica está dedicada a Toledo y la visión que hace de la ciudad no es del todo positiva. La llama "Una ciudad muerta", y al hacerlo no solo quiere expresar un aspecto negativo sino también poético, de aire decadente, tan del gusto de la época. Recordemos, por ejemplo, la novela de Barres, *El Greco o el secreto de Toledo*. Desde la estación de tren, la periodista sube a la ciudad a pie, y cuando llega a Zocodover y ve a la muchedumbre festiva es cuando cambia su manera de pensar de los toledanos. La descripción de la procesión es modélica, una preciosa pieza literaria. Si algún joven investigador le interesa el tema que cuente con mi ayuda. No solo son importantes

en el ensayo las metáforas, el estilo literario, la visión de una intelectual americana, feminista e hija de un pastor anglicano, lo que emociona es ver que después de un siglo y pico la esencia de la procesión permanece. Hay una conexión subterránea, como un toldo apasionado, que sirve de denominador común a todos. La descripción que hace de la procesión conecta con la que han hecho otros muchos periodistas. Permanece lo esencial envuelto en la coreografía de los accesorios. Pasan modos y modas, llueve o hace sol, los toldos se mojan, Toledo se llena de olor a tomillo y la custodia está ahí, llegando, haciendo temblar a una fría, sofisticada e intelectual escritora. "Todas las campanas de la ciudad repican solemnemente y la espléndida custodia, "la pieza de plata más famosa del mundo", un tesoro de filigrana de oro y joyas con la Hostia engarzada, se acerca". Emplea una vívida y colorista metáfora para anunciar la presencia del cardenal Sancha. Recordemos que los cardenales y canónigos en aquella época llevaban unas largas colas de seda de color rosa. "Un destello del color de un flamenco (el ave) a través de la lluvia oblicua anuncia al cardenal Sancha. Detrás de él unos acólitos llevan una silla que es como un trono de terciopelo rojo y oro". Termina la crónica con la periodista mezclándose con el "pueblo" por la calle del Comercio como una toledana más.

Por si este ensayo no hubiera sido suficiente, me encontré con otros dos artículos más breves y menos literarios y de alguna manera relacionados, publicados muchos años después. El primero lo fue el 27 de mayo de 1934, titulado "El Toledo de España saluda a su tocayo. La ciudad agasajará a los de Toledo de Ohio en el Festival del

Corpus. Se ha preparado un brillante programa". (Es un buen momento de recordar a Felipe Rodríguez Bolonio que tanto hizo, años después, por estrechar las relaciones entre los dos Toledos). El corresponsal del periódico era William P. Carney, que fue uno de los corresponsales de *The New York Times* que cubrió la Guerra Civil Española en la zona nacional. "El festival de este año, escribe el periodista, se espera que rivalice en brillantez con los de los últimos años de la monarquía". Estamos, no lo olviden en el 34. Nos llama la atención este párrafo en el que el corresponsal demuestra no tener ningún don para la profecía. A las puertas estaba julio de 1936. "La mayoría de los sentimientos antirreligiosos provocados por extremistas políticos después de la proclamación de la República hace tres años han desaparecido". El artículo termina hablando de "Valiosos tapices pertenecientes a la archidiócesis de Toledo así como una enorme custodia labrada en oro traído de América por Colon, volverán a hacer su aparición durante la procesión. La custodia que mide tres metro de alto fue regalada a la catedral por los reyes Católicos".

El tercer artículo publicado el día 1 de junio del mismo año se titula "Los obispo de los dos Toledos intercambian saludos". El arzobispo Gomá agradeció los saludos del obispo de Toledo Ohio. "La delegación americana vio la famosa procesión que fue revivida este año en todo su pasado esplendor". En general el artículo hace hincapié en que la custodia no se había sacado durante los dos primeros años de la República. Para terminar una nota pintoresca. La señora Lee Bates, en su artículo, se indigna con las corridas de toros

de Sevilla, Granada y, sobre todo con las de Toledo, que se celebran después de la procesión. Esta noticia acaba dando información de que Mr. Hoover, vice alcalde de Toledo Ohio y otros americanos asistieron por la tarde a ver su primera corrida de toros en la pintoresca plaza toledana. Cinco de los seis toros fueron brindados a los americanos por famosos toreros mexicanos y españoles. Mr Hoover, dice la noticia, respondió a esta cortesía entregando unos regalos a los matadores. Los regalos provenían de tres baúles llenos de presentes que los visitantes trajeron consigo e incluían relojes eléctricos, plumas estilográficas, vajillas y otros productos típicos de su ciudad. Bienvenido Tío Sam.

Todo lo que *The New York Times* dejaba escrito para la historia de una ciudad y una procesión, Foto Rodríguez, aquí en Toledo, sin saberlo, lo ilustraba con preciosas imágenes que hubieran podido ser publicadas en el rotativo neoyorquino. Nunca estaremos lo suficientemente agradecidos a "la más antigua, la más acreditada y la que más trabaja" por tanta historia gráfica como nos ha dejado a los toledanos. Algunos de ustedes habrán reconocido al joven que aparece a la derecha, con la mano metida cerca del corazón. Era don Emilio Abel de la Cruz.

#### **SONETO FINAL**

Toledo, como una montaña precipitante que se viene abajo de flores y tomillos, que se ilumina de luces y colgaduras, de reposteros y gallardetes, de sol y fiesta, de miradas y corazones iluminados. Toledo como un grito de luz en una mañana de Dios. Toledo, con dos

kilómetros de sombra enamorada y una luz enajenada, vuelve a escribir en su historia y en la de todos los toledanos, como lo lleva haciendo desde el siglo XII, otra página más de exaltación del Corpus Christi. Una fiesta que a algunos de nosotros nos hace sentirnos un poco niños, y a todos sentirnos orgullosos de ofrecer al mundo una de las procesiones más hermosas que existen.

Si comenzamos con un soneto, qué mejor que terminar con otro. Este, autobiográfico también, pero de otro tipo de biografía.

Pasa el cortejo. Un niño es centinela  
y aunque no lo comprende todavía  
el tiempo le dirá que es la poesía  
lo que le angustia y a la vez le encela.

Ve de los toldos la ondulante vela,  
el tomillo vibrante de alegría,  
la luz le llena de melancolía  
y Dios es una llama que le hiela.

Es Toledo su muerte y es su clave,  
norte, final, encrucijada y centro,  
misa de doce, padrenuestro y llave.

Vuelve mayor y salen a su encuentro.  
Le pesan los recuerdos, pero sabe  
que hay otra procesión que va por dentro.

Muchas gracias.